



Año X

III

Época II

III

Número 12

REVISTA
MARIANA
MENSUAL



MONTE-TORO

(Con Censura Eclesiástica)

::: CIUDADELA (MENORCA) — JULIO — 1921 :::

Di'cción: Obispo Vila, 24 ::: ::: Administración: José M.^a Quadrado, 40

DULCE RECUERDO

QUMPLIÉRONSE el 16 de Julio del presente mes, fiesta de Ntra. Sra. del Carmen, seiscientos setenta años que la inocita y gloriosa Orden Carmelitana se halla en posesión de la prenda más estimable del amor maternal de María, cual es su Santo Escapulario. Oportuno nos parece recordar, en las páginas de nuestra Revista Mariana, las sentidas y patéticas frases con que el gran San Simón Stock anunciaba la buena nueva del milagroso don a sus Religiosos del Convento de Cambridge, el mismo día 16 de Julio de 1251, en que tuvo lugar el memorable acontecimiento:

«Hermanos míos muy amados: Bendito sea Dios, que no abandonó a los que en Él esperan, ni despreció las plegarias de sus siervos: bendita, también sea, la Madre Santísima de Nuestro Señor Jesucristo, la cual, acordándose de los días antiguos y de las tribulaciones que a muchos de nosotros (casi olvidados de que *los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, habrán de padecer persecución*) afligieron en gran manera, os dirige unas palabras que recibiréis con gozo del Espíritu Santo:

Este me guie para que os las manifieste, según conviene. Mientras yo exhalaba mi alma ante el acatamiento del Señor, bien que sea polvo y ceniza, y con toda confianza rogaba a la Virgen María, mi Señora, para que supuesto quiso fuésemos llamados sus Hermanos, así se mostrase Ella Madre librándonos de las tribulaciones, y con señal de benevolencia nos levantara a vista de nuestros perseguidores, diciéndola entre suspiros: *Flor del Carmelo, — Vid florida, — Esplendor del cielo, — So'la Virgen fecunda, — Madre apacible e intacta de varón, — Da privilegios a los Carmelitas, — Estrella del mar*, se apareció rodeada de gran cortejo, y teniendo en su mano el Hábito (Escapulario) de la Orden, dijo: *Este será un privilegio para tí y todos los Carmelitas: el que muriere (piadosamente) con este Hábito, no padecerá el incendio eterno.* Y por cuanto con su gloriosa presencia me llenaba de inexplicable alegría; y yo, miserable, me sentía oprimido con el peso de tanta majestad, desapareció... Hermanos míos, guardando estas palabras en nuestros corazones, procurad, con todo empeño, hacer cierta esta vuestra elección, por medio de las buenas obras, sin cansa-

ros jamás. Velad en continua acción de gracias por tan gran misericordia, orando, sin intermisión, a fin de que cuanto se me ha dicho resulte comprobado para gloria de la Santísima Trinidad, Padre, Jesucristo y Espíritu Santo, y también de la Virgen, siempre bendita.»

Así lo refiere, lectores, el venerable P. Pedro Swanington, confesor y secretario del Santo General, cuya alocución oyó y comunicó, después, por escrito, a las Comunidades Carmelitanas.

Cabe observar que San Simón, en el discurso que antecede, omite, por humildad, los epítetos y expresiones de exquisita ternura que, en el acto de entregarle el Santo Escapulario, dirigió la Madre del Carmelo al que, por autonomasia, fué llamado el *amado de María*; sin embargo, lo que el glorioso Santo omitió, lo publicaron, ocurrida la muerte del mismo, los P. P. Swaning-

ton y otros Religiosos, sabedores del secreto.

Grabadas debieran estar en los corazones todos, las preinsertas palabras de San Simón Stock, especialmente, las referentes al precioso don del Santo Escapulario del Carmen, que el bendito Santo, llama *gran misericordia de María*. No debe haber ningún cristiano que no lo vea, con singular devoción y cariño, ejercitándose, para hacer el debido aprecio de la regaladísima dádiva de María, en las buenas obras como medio de *hacer cierta la elección de hijos suyos especiales* con que nos honra la madre de Dios, y esforzándose para merecer su protección en vida, su asistencia en la hora de la muerte y su amparo en el Purgatorio.

¡Bendita sea la Virgen Santísima del Carmen y sea, por siempre, bendito su Santo Escapulario!

J. LE BRIZ.

Ciudadela, 1921.



María y Santiago por España ⁽¹⁾

HAY dos nombres que llenan toda nuestra gloriosa historia, dos nombres que palpitan en cada una de nuestras históricas gestas, sin las cuales la vida nacional de España carecería de algo que es el más espléndido florón de su corona. Sin el nom-

bre de María y sin el nombre de Santiago, faltarían las más hermosas leyendas, las más venerandas tradiciones. La epopeya patria contra la Media Luna no tendría el más bello de sus atractivos, si, entre los montones de cadáveres moros del campo de batalla, no brillase la simpática figura del Apóstol guerrero, que, caballero sobre vertiginoso caballo blanco, recorre las filas de los cristianos, sembrando el valor, y las huestes de la morisma, sembrando el miedo. Quitad a María de nuestra historia, y nuestra historia no tendría

(1) Del *Almanaque*, que, para 1921, publicó la benemérita *Academia Bibliográfico-Mariana* de Lérida, la que tanto se desvela y trabaja para propagar las glorias de María.

vida, porque la vida viene del alma y María es el alma de nuestra historia. Aun hoy, si suprimiéramos de los pueblos españoles las numerosas fiestas marianas, si prescindiéramos de las piadosas romerías en que nuestro pueblo derrocha piedad y alegría ingénua, si no viéramos en cada monte y en cada llano una ermita de la Celestial Señora, parecería nuestro pueblo un gigantesco cadáver, o si tanto no, una vieja ciudad en ruinas.

Tenía razón y se quedaba corto el baturro, cuando cantaba:

A las orillas del Ebro
me puse a considerar

qué sería Zaragoza
sin la Virgen del Pilar.

¿Qué sería de Zaragoza y de Aragón y de España entera, sin esa benéfica estrella que siempre nos alumbró, María? ¿Qué sería de nuestra historia sin la hidalguía y valor de aquellos guerreros que al grito de «¡Santiago, y cierra España!» sabían luchar como leones y ser generosos, cual ninguno en la victoria?

María y Santiago. He ahí nuestros guías, nuestros defensores, el resumen de nuestra vida nacional y el compendio de nuestra historia.

C. RAMOS, C. M. F.



NUESTROS HERMANOS DIFUNTOS

*Requiem aeternam dona eis,
Domine, et lux perpetua luceat
eis.*

Dales, Señor, el descanso eterno y luzca, para ellos, la perpetua luz.

Se recomienda, encarecidamente, a



Mirant un Sant - Cristo

De qui os ultratje, vostre Cor no 's
[venja;
Obriu els braços, Jesús, al pecadô;
Y una peraula en vostra boca penja,
Paraula de perdó.

An els que, impios, tormentant vos
[están
Voleu d'ira divina guardar-los;
—«D'odi cegos, no saben—deis—que
[s fán:
Par, perdonau-los.»—
Vegent en vostre Cor, blanors in-
[menses

los suscriptores y lectores todos de nuestra Revista, el alma de D.^a Francisca Moll Rexach, fallecida en Ciudadela, el día 30 del próximo pasado Junio.

Por si necesita aún de nuestras oraciones quien tan cristianamente vivió y murió, se suplica una plegaria.

A. E. R. I. P. A.

Y que, a qui l' ofén més, vol estimar,
¿An' els seus inimics y ses ofenses...
Qui no sap perdonar?

Així com he sentit contrició vera,
Ofegant mos rencors de bon de vè,
Amb una gran piedat, ampla y sen-
També perdonau-me. [cera,

Perdonau-me, Deu meu, no vos
[enutji
Si vos suplic, els ulls banyats bé en
[plor,
Vostra misericordia, esper que'm jutji
I'm perdoni, Senyor!..

ROSA GORNÉS ALOY.

Ciudadella, 1921.

REBUSCANDO

NUESTRO ETERNO VIAJE
POR LOS ESPACIOS

Cuando en una de estas hermosas noches de verano, tibias y tranquilas, en las cuales parece que todo duerme, contemplamos la obscura bóveda celeste salpicada de estrellas, que nos parecen titilantes, es muy difícil que nos ensimismemos en el recuerdo de los estudios astronómicos para describir la gran curva que nuestro cuerpo traza en los espacios, al correr por ellos con velocidad vertiginosa, imposible de alcanzar en este mundo.

Y así corremos y vivimos, sin un momento de reposo; átomos errantes en los inmenso espacios siderales, que vamos pasando por miles y miles de puntos, sin que jamás podamos volver a ninguno de aquellos en los cuales por un breve momento estuvimos.

Y sino, intentemos recordar algo de lo poco que hemos aprendido de la moderna ciencia astronómica, tan hermosa, tan grande y que tanto nos acerca a Dios.

La tierra es esférica y gira sobre sí misma; cualquier punto de su superficie se desplaza continuamente, y quien habita en nuestras latitudes corre 300 metros por segundo.

Pero esto es poco todavía. La Tierra gira, a su vez, al rededor del Sol, describiendo una órbita inmensa. La velocidad de este movimiento es de 30 kilómetros, por segundo. Y 30 kilómetros, por segundo, son más de dos millones y medio de kilómetros al día, o sea una velocidad setenta veces mayor de la que lleva un proyectil, al salir de un cañón de artillería!

La Tierra dista del Sol 149 millones de kilómetros; pero este Sol no está tampoco quieto, sino que corre por el espacio, a razón de 16 kilómetros, por segundo, arrastrando consigo todo su sistema solar,

lo que representa, a esta velocidad, millón y medio de kilómetros, al día. ¿Cuál debe, pues, ser la distancia recorrida en el espacio, en millares de años? ¿Puede así comprenderse la inmensidad de esos espacios?

Parece, a simple vista, que nos hallamos en el centro del Universo, pero no es así. La Via Láctea, semejante a una neblina, no es otra cosa que un inmenso montón de estrellas, según nos dicen las más modernas fotografías.

Cada una de esas estrellas es un sol como el nuestro, que puede iluminar planetas análogos a la Tierra, y hay que ver que en los clichés de los mapas celestes ya van contados más de 140 millones.

Y todos ellos corren por el espacio con velocidades muchas veces mayores que las de nuestro Sol. Y cada astro está separado de los otros por distancias fantásticas, hasta el punto de que la luz emplea en recorrer la distancia, más de tres años; y sabemos que esta corre a la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo!

Y hay estrellas tan separadas de nosotros, que necesitan muchos siglos para que nos llegue su luz.

Estos datos dan una ligera idea de la inmensidad del espacio en el cual vivimos con nuestro Sol y los planetas que este arrastra consigo.

Como sus hermanos en el espacio, caminamos con él continuamente, formando parte de una de las dos corrientes de estrellas que sin cesar, y como si fueran dos inmensos ríos en posición parecida a los brazos de una X, van desplazándose en el espacio, que ya así pierde para nosotros la noción de medida y nos demuestra que estamos en un océano de misterios.

Y cuanto más la ciencia avanza en sus grandiosos estudios, más pequeños nos vemos, y más admiramos la grandeza de Dios, Creador de esas inmensidades siderales.

JPH.

Ciudadela, 1921.

EL COLLAR DE PERLAS

(CUENTO QUE... NO ES CUENTO)

I

¿Porqué se llamará *luna de miel*, el período que a los desposados abre la bendición sacerdotal?... Muchas veces he reflexionado sobre la frasecilla y no he visto la relación o analogía que pueda existir entre la luna y la dicha soñada por los recién casados. ¿Será que la felicidad de los nuevos cónyuges ha de experimentar, por ley ineludible, menguantes y eclipses, cómo el astro de la noche? Confieso que no lo sé; pero tal vez no sea desacertado discurrir así.

Eterna luna de miel parecía sonreír a Luisa.

A las gentiles prendas personales unía su Fernando la cualidad de ser muy cariñoso y condescendiente, no viendo más que por los ojos de ella. Sería muy feliz, porque, si el amor es el alma de la vida y el mágico prisma a través del cual se irisa cuanto miran los ojos enamorados, Luisa y Fernando rayaban casi en la idolatría.

Al efectuarse el enlace, Luisa recibió, entre otros regalos, un precioso collar de perlas. Su misma abuelita se lo ciñó al cuello; y, después de contemplarla embelesada unos instantes, la estrechó entre sus temblorosos brazos, y dándole un beso le dijo: «—Es el regalo de boda que me hizo tu abuelito; consérvalo y que sea prenda de la felicidad que te deseo.»

Luisa guardó el collar como oro en paño. Para ella era el hermoso

collar algo así cómo sagrado. La madre de Luisa se había adornado con él en muchas ocasiones; había sido constante *usufructuaria*; pero la abuelita quiso conservar siempre el derecho de propiedad, y ni por nada ni por nadie se hubiera desprendido del estimado collar.

Luisa, única nieta, debía ser la depositaria de aquella joya en que se vinculaba la historia de toda la familia; y la abuelita se lo dió cómo se daría un tallismán a la persona más querida para que todas las dichas la rodeasen y pudiera realizar todos los anhelos del corazón, todas las ilusiones de la fantasía.

II

Precioso nido de amores era el airoso hotelito que a orillas del mar ocupaban los recién casados. Desde los caprichosos miradores se contemplaba la extensa bahía cruzada por lanchas y vaporcitos que, en la lejanía, semejaban gaviotas. Arriba, un cielo azul que se reflejaba en las inquietas olas; a los lados, frondosos bosques de donde las tibias auras traían aromas y marmullos. Todo era risueño como las esperanzas que Luisa había concebido al abrazar su nuevo estado.

Dos meses habían transcurrido; dos meses que a Luisa le parecieron un día, mejor dicho, la aurora de un eterno feliz día.

Era una deliciosa tarde. Luisa, sentada en una mecedora, vagaba con los ojos por tan poético panorama y con la imaginación por ideales espacios de color de rosa.

Fernando entró en el gabinete y tímidamente llegó al lado de su

esposa. Temblaba como un reo que se ve forzado a declarar su crimen.

Luisa volvió sonriendo el rostro; pero bien pronto trocó la sonrisa por indecible expresión, indicadora de un siniestro presentimiento.

—¿Serás capaz de perdonarme, Luisa?

Fernando comprendió la sensación que sus palabras (y más que sus palabras su tono) habían causado en el ánimo de su joven esposa; y, acentuándose el temblor de que estaba poseído, no acertaba a responder a la muda pero imperiosa interrogación que la espantada mirada de Luisa le dirigía.

—Soy... lo que tú quieras, Luisa; llámame hasta criminal; tienes derecho; merezco tu desprecio. Pero, más que tu desprecio, sentiré el disgusto que te ha de causar el mismo acto de despreciarme.

Luisa estaba atónita y no sabía darse cuenta de lo que estaba oyendo.

—¡Perdón!... ¿por qué he de perdonarte, Fernando, si de tí no he recibido el más leve motivo de enojo?

Fernando quería confesar su criminal proceder, pero no hallaba frases. Se las robaba la vergüenza en que su propia indignidad le envolvía.

—Háblame claro, Fernando: ¿qué pasa?

—¿Me perdonarás—volvió a interrogar Fernando, no resolviendo a declarar de lleno su culpa.

—¿Qué hay en tí que reclame perdón?

—Luisa... cualquiera tropiezo en

el camino de la vida; yo he tropezado, he caído, y en mi caída te he arrastrado a tí. Perdóname.

Cada vez se presentaba más enigmática para Luisa la causa de tan reiteradas súplicas de perdón.

—Fernando, acaba, — exclamó Luisa con cierto imperioso tono.

—Preciso es hablar claro, porque es fuerza que lo sepas, porque lo has de saber sin remedio. ¿Por qué cedí a la insinuación de tal amigo? ¿En dónde podría encontrar más plácidas distracciones que en este hotelito? Pero cedí a la invitación importuna. Fuí al casino; en el casino se juega; jugué un día por jugar, sin ambición. Perdí, y volví a jugar por ver si recuperaba la enorme suma perdida. Y volví a perder, y la pasión, la locura se apoderó de mí, y ciego en mi empeño de recuperarlo todo, todo lo perdí. ¡Arruinado, en cuatro días!

Luisa quedó como petrificada. Fernando sintió impulsos de lanzarse por el mirador al mar, comprendiendo toda la amargura en que estaba sumiendo al inocente corazón de la angelical Luisa.

—¿Todo lo has perdido?

—¡Todo! — contestó Fernando, dejándose caer sobre una butaca. — ¡Este hotel... ya no es nuestro!...

Luisa, emblema en aquel supremo instante de la mujer fuerte, reprimió los naturales sentimientos de su corazón; tal vez adivinaba la siniestra tentación con que su esposo estaba luchando; y sonriendo con resignación heroica, exclamó:

—Tu vida está por encima de todas las pérdidas; resignémonos; uní mi suerte a la tuya, y feliz se-

¡É mientras no me falte tu cariño. ¡Ánimo, Fernando! mírame sonreír, ¿ves? Haz lo mismo; sonríe y entonces...

—¿Qué?—preguntó con avidez Fernando, que estaba lejos de esperar tan heroica fortaleza en una débil mujer.

—Entonces... serás digno de mi perdón y te perdonaré.

Pero es que hay más, Luisa, y no sé cómo decírtelo: porque de seguro he de abrir en tu sensible corazón una herida que será muy difícil que cicatrice.

—Acaba, Fernando; dispuesta estoy a apurar el cáliz, hasta las heces.

—He jugado... ¡hasta tu más preciada joya!

Luisa no pudo contenerse y exclamó desencajada:—¡Mi collar de perlas! ¡el regalo de mi abuelita, el tesoro bendito de mi familia!

Más vivas que nunca resonaron en los oídos de Luisa aquellas palabras de su abuelita: «Consérvalo, y que sea prenda de la felicidad que te deseo.»

III

Fernando no pudo sustraerse a su pasión. La desesperación misma le condujo a recurrir a un rico banquero, amigo del padre de Luisa.

Con el dinero recibido en préstamo, volvió al casino; y de nuevo, con el ciego tesón de un obseso se arrojó temerario en brazos de la fortuna.

Si llega a perder... ¡oh qué siniestro, qué negro pensamiento cruzaba por su mente!...

Pero la veleidosa fortuna, que antes le negó brusca sus favores, se volvió complaciente hasta el ex

ceso. Y el arruinado de ayer recuperó con demasía lo perdido. Volvió a ser dueño del preciado hotelito; y si no pudo recuperar el famoso collar de perlas, tuvo más que suficiente dinero para comprar un valioso collar de diamantes para su amada Luisa.

Tornó al hotelito como quien sale de una mazmorra a la que hubiera sido condenado perpetuamente. Era feliz, felicísimo; podía compensar con creces las amarguras que su buena esposa habría apurado en silencio. En lugar del collar de perlas, le traía otro infinitamente de más valor.

Volvió a encontrar a Luisa en la mecedora cerca del mirador.

Esforzándose por encubrir el inmenso gozo que sentía, se acercó a Luisa y con palabras llenas de ternura le dijo:

--¿Has padecido mucho? ¡Pobrecita! ¿Y si te engañé para probar hasta dónde llegaba tu cariño? ¿Y si no había tal juego, ni tal pérdida, ni nada de lo que te dije?

Trabajo le costaba a Luisa creer que su esposo pudiera haber fingido tanto. Era imposible. Por mucho que se afanara Fernando, no lograría persuadir a Luisa de que todo había sido una pura comedia. La mujer es muy perspicaz; sabe leer en el fondo del alma. Pero Luisa quiso pasar ante Fernando por inocente y crédula en extremo. Tal vez por no sonrojarle, dándole a comprender que era un miserable jugador y, como tal, indigno de ella y de vivir a su lado.

—No Luisa; este hotelito es tuyo y muy tuyo, donde seré feliz, donde será eterna nuestra luna de miel. ¡Qué bien he sabido fingir!

—Quiero creer que no me engañas, Fernando; quiero creer todo lo que me dices; pero ¿donde está mi collar de perlas?

—¡Tontuela! aquel collar era bueno; pero tú merecías más; le tenías de perlas, y yo quise que le tuvieras de brillantes. Y con lo que las perlas han valido y lo que yo he podido añadir, he comprado el mejor collar que he visto.

Y mientras finalizaba la última parte del período, sacó del bolsillo un precioso estuche; lo abrió, y arrojó en la falda de Luisa una cascada de brillantes.

Al principio lanzó Luisa un grito de alegre sorpresa; cogió el collar, lo examinó, lo admiró; y cuando más entusiasmado estaba Fernando por el placer que pensaba estar proporcionando a su esposa, se levantó ésta de la mecedora y arrojando aquel deslumbrante hilo de brillantes sobre un velador, dijo:

—Valía más mi collar de perlas. Aquel simbolizaba el amor, el puro amor de la familia. ¡Mi abuelita me lo dió como prenda de la felicidad que me deseaba y este collar... es fruto de la aborrecible pasión del juego!

Fernando se quedó yerto, anonadado.

Luisa no quiso humillar demasiado a su querido esposo, pero sí hacerle comprender las fatales consecuencias que suele acarrear el vicio del juego.

—Lo mismo que has venido tú —añadió Luisa— a traerme este collar, podría haber venido cualquiera a traerme la noticia de que mi esposo, mi Fernando, se había suicidado, por causa de la maldita pasión del juego. ¿Puedo apreciar esta joya, por valiosa que sea, cuando me ha de estar recordando incesantemente que es fruto de una pasión que pudo conducir a mi esposo a la mayor de las cobardías, y obscurecer para siempre el cielo de mi esperanza, que es tu vida, tu cariño?

—Tienes razón, Luisa: y hoy con doble motivo te vuelvo a pedir perdón y te juro que jamás, jamás, he de volver al maldito juego, ni he de pisar un casino.

Así fué, y vivieron muy felices; pero es lo cierto que al perderse el collar de perlas terminó la luna de miel: vivieron, sí, muy felices, cómo se vive después de la justificación; más la felicidad de la justificación no es cómo la felicidad de la inocencia.

A. DE LA C. S.

Julio.

